

## PRECIO DE SUSCRICION.

## EN MADRID.

Por un mes. . . . .	6 reales.
Por tres id. . . . .	16 »
Por seis id. . . . .	32 »
Por un año. . . . .	60 »

La suscripcion empieza siempre en 1.º de mes.

## ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente á la Administracion, dirigirse al Administrador D. Sebastian Casellas y Segura.



## PRECIO DE SUSCRICION.

## EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Administracion ó por comisionado. . . . .	24 reales
Por seis id. . . . .	42 »
Un año. . . . .	80 »
ESTRANJERO, tres meses. . . . .	30 »
ULTRAMAR, un año. . . . .	6 pesos.

La suscripcion empieza siempre en 1.º de mes.

## ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se haya recibido en esta Administracion en letra ó sellos de franqueo

# GIL BLAS.

## ADVERTENCIA.

Llegó el gran momento:

Los suscritores de provincia, cuyo abono termine en Abril, se tomarán la libertad,—única que todavia les concede el gobierno,—de renovarlo oportunamente.

Muchos suscritores se quejan de que se les dé de baja, toda vez que su tardanza en renovar la suscripcion consista en ignorar cuándo termina.

Para evitar esto, cuidaremos de poner en las fajas el fin de la suscripcion, en los últimos números de cada mes.

Conque ¡ojo á la faja!

### Correspondencia particular de GIL BLAS.

Deje Vd., Sr. GIL BLAS, que le dé uno y mil parabienes (total, mil y uno) por el silencio que hasta hoy ha guardado en lo del Sr. Ramirez;—aunque, á decir verdad, como desde que ello sucedió no ha salido Vd. á la pública luz, no era fácil que obrase de otro modo. Sea por la razon indicada (que me parece bastante), sea por otra cualquiera, no admite duda que de toda la prensa liberal sólo Vd. ha dejado de atornarnos los oídos mientras sus colegas clavaban el grito en el cielo. ¿Y todo por qué? Porque un funcionario público, en uso ó en abuso de su autoridad (que por sílaba más ó menos no hemos de reñir), tuvo á bien remitir maniatada, desde la cárcel á la Audiencia, la persona de un delincuente. Porque claro es, Sr. GIL BLAS (y aquí apelo á su buen sentido), que el Sr. Ramirez es delincuente; pues si no lo fuera ¿cómo habia de estar en la cárcel? y si lo es, ¿cómo se le ha de tratar, sino del mismo modo que á los demás de su clase? Esto es más claro que el caldo que se sirve á los presos.

Delincuente es, sí señor; tan delincuente como el mismo D. Joaquin Cobelo, editor de *La Democracia*, condenado en calidad de tal á ochenta años de presidio; y por lo tanto, mucho más delincuente que cualquier honrado asesino sentenciado no más que á cadena perpétua; porque claro es que la pena está (ó debe estar, que viene á ser lo mismo) en proporcion del delito, y francamente, á menos de obrar Dios un milagro, no es fácil que la *perpetuidad* de la cadena

impuesta al asesino llegue á durar tanto como la *temporalidad* de los ochenta años cargados al editor.

Sentado, pues, que el Sr. Ramirez es delincuente, y delincuente en alto grado, no veo qué razon puedan tener los enemigos del gobierno, y aun la mayor parte de sus amigos, para reprobar la prudente medida tomada por el prudentísimo alcaide de la cárcel. Se dirá que ya el carruaje celular en que se conduce á los criminales era suficiente garantía de seguridad, y que en caso de escaparse el reo, con los piés habia de hacerle y no con las manos; por lo cual, más á cuento que unas esposas hubieran venido unos grillos. Pero aun en esto se muestra claramente la ingénita bondad del carcelero, que pudiendo atarlo de piés y manos se dió por satisfecho con la mitad.

Tampoco faltará de seguro quien diga que en el mismo carruaje iba suelto de manos y piés el Sr. Cobelo. A eso los mismos enemigos del gobierno contestan que no fué posible hallar esposas á medida del paciente. De lo cual sólo puede ser responsable el interesado que se permite tener muñecas tan fuera de la marca ordinaria y comun. Bien es verdad que en el pecado lleva la penitencia, porque ¿qué pensará la Europa culta de las muñecas del Sr. Cobelo, cuando sepa que sólo él no pudo hallar esposas que bien le vinieran, aquí donde en esa materia no hay hombre que no encuentre la medida de su paciencia, ya que no de su gusto?

Dejando esto aparte, no me parece puesto en razon alborotar tanto por cosa de tan poco momento; sobre todo, cuando mejores ocasiones han de presentarse. ¿Lo duda Vd.? Pues supongamos, por ejemplo (y no es mucho suponer), que el Sr. Ramirez sale condenado á seis ú ocho años de presidio; supongamos igualmente (y ojalá no se quede en suposicion), que nosotros los vicalvaristas duramos en el poder otro tanto tiempo, y que por consiguiente no hay indulto ni amnistia política que exima al Sr. Ramirez de cumplir su condena. Supuestas ambas cosas, dígame Vd. con franqueza, Sr. de GIL BLAS, si ahora pone la prensa el grito en las nubes por ver con esposas á un periodista, ¿qué guarda para cuando le vea tomar el camino de presidio con el grillete y demás insignias, que la sapientísima ley de imprenta señala como prendas de ritual á los escritores que tengan el mal gusto de decir lo que sienten, sin temor de sentir lo que dicen?

Yo someto á su buen juicio esta consideracion, y espero que no se me escapará por la tangente tachando de bárbara la ley que á tales extremos conduce. Pero si por ahí lo toma, sepa que no he de contestarle; en primer lugar, porque soy vicalvarista y como tal no entiendo de leyes; y además porque no sé yo

quién puede tachar de opresiva una ley que le permite á Vd. decir todo cuanto piensa,—siempre que Vd. se tome el ligero trabajo de pensar lo que quiera el gobierno.

Quedo de Vd. atento servidor, Q. B. S. M.

UN VICALVARISTA.

Es copia.

Federico Balart.

## ¡QUÉ MALO SOY!

Está visto; en no atacando uno las instituciones venerandas, no se divierte.

¿Mire Vd. á mí qué me importa ver en una iglesia la chapa que le haya puesto una Compañía de seguros contra incendios?

No me importa nada; y sin embargo, al pensar que la iglesia tiene sus campanas para alejar las tormentas, y sus preces especiales, me carga que se gaste el dinero en cédulas, timbre, póliza y zarandajas semejantes.

La desazon que experimento me pone hecho un energúmeno, y no se me ocurre nada que no sea contra todo lo más caro que existe en mi patria.

¿Por qué no he de ver yo con indiferencia que salga un paisano mio á poner un para-rayos en la catedral de Toledo?

No lo sé.

Sé que en la catedral hay cera que ardió ante el monumento de Semana Santa, y conservo la piadosa y barata creencia de que esa cera ampara contra el rayo.

Me pongo á discurrir si seria mejor que en vez de gastar dinero en el juguete de Franklin, se emplease en objetos de adorno para el culto, ó se enviase al ministro de la Guerra del Dios de paz; y vuelvo á irritarme y se me vienen á la boca horrores, herejías inauditas; cosas que si las escribiese, lo mismo podrían salir á luz, que las economías de mi patria.

He visto hombres de carácter fogoso, presenciar impasibles el viaje de uno ó más obispos por ferrocarril.

Entonces, entonces quisiera yo que me oyeran ustedes echar sapos y culebras hasta el punto de escandalizarme á mí mismo.

Pero, señor, ¿por qué he de tener yo esta pícara naturaleza?

Tengo ante mis ojos una prensa sensata, morigera-



da, ejemplar, salpicada constantemente de augurios felices, de esperanzas consoladoras, de satisfacciones inefables.

No conocen á ningun tunante, no saben de ninguna picardía; ven por todas partes tipos de candor y de inocencia; al más raído diplomático sólo le conciben chupándose el dedo, con chichonera y silabeando.

¡Ay! Yo no solamente no puedo tener esos goces, sino que ni siquiera los deseo.

Cierro los ojos á la realidad y no veo más que rebeldes administrando, apóstatas excomulgando, ban-carroteros ejecutando al prójimo... mentiras, inven-ciones del maligno.

Podría también dedicarme á seguir reuniones y des-cubrir los trages de las señoras, distinguiendo bien entre tules y rasos.

Yo no sé que el ocuparse en asuntos semejantes haya acibarado la vejez de ningun ciudadano.

En un país como el nuestro, en que se anda tiran-do de los faldones á un hombre, suplicándole que se sirva pedir una condecoración...

En un país donde reina la más omnimoda libertad, solo un perverso puede padecer los ataques de furor que yo padezco.

Yo comprendo que estén irritados los émulo de Lersundi, el príncipe Couza y los ahijados de Rios Rosas; estos tienen sus motivos.

Pero yo... á Vds. se lo pregunto, á todos Vds. ¿por qué he de enojarme yo?

A mí, vayan como vayan las cosas, no puede suce-derme absolutamente nada.

No me han de pedir la contribucion, porque me han puesto en estado de no tener con qué pagarla.

No me han de exonerar de nada, porque no ten-go grados, empleos, ni títulos.

No me pueden atacar en mis creencias religiosas porque es imposible.

Y sin embargo... rabio, y sobre todo rabio cuando más claro veo que no tengo motivo para rabiar.

Ahora mismo que lo estoy considerando, siento ya hervir mi sangre y comenzar á darme ganas de des-ahogarme en imprecaciones feroces.

¡Afuera, que las suelte! No va á quedar nada, por sagrado que sea, desde el zapatero de cámara hasta la bisabuela de la nodriza régia, que se libre de mis blasfemias.

¿Quieren Vds. oirme? Váyanse pues, que en casa les espero.

Roberto Robert.

## HISTORIA ÍNTIMA.

Tenia yo hace algunos años un amigo, que habia venido á Madrid con el propósito formal de adquirir gloria; á cuyo fin andaba siempre acechando las oca-siones de hacer, como él decia, una que fuera sonada.

Despuntaba por aquel tiempo la aurora del neo-ca-tolicismo, y mi héroe escribió un folleto contra la nueva secta. El folleto estaba escrito en lenguaje bí-blico, y en él se leían frases como estas:

—Más fácil sería encerrar un vicalvarista en una hogaza, que un neo-católico en los límites de la pru-dencia.

—Hubo un hombre que, partiéndose lejos, dejó su casa, y encargó á cada uno de sus siervos todo lo que debia hacer, y mandó al portero que velase.

—Velad, pues, porque no sabeis cuándo vendrá el dueño de la casa; si de tarde ó á media noche, ó al canto del gallo, ó á la mañana...

Mi amigo imprimió su folleto; pero la censura se lo prohibió: no hubo medio de convencerle de que fué

San Marcos el que dijo esto, veinte siglos antes de que O'Donnell se marchara al Campo de Guardias.

Viendo que por este camino no encontraba más que tribulaciones, el desgraciado folletista se dedicó á es-cribir aleluyas. Él fué quien refiriéndose á Moyano, que por entonces acababa de descubrir la fosforita, dijo:

«Iba á la escuela en Zamora  
con careta, y á deshora.»

Él, quien acosado para dar su opinion sobre Rios Rosas, exclamó:

—Es un mozo de cordel elocuente.

Y él, quien conducido á la cárcel un dia en que el gobierno temia lo que temen todos los malos gobier-nos, tuvo con la autoridad que le interrogaba el si-guiente diálogo:

—¿Cómo se llama Vd.?

—Le diré á Vd., señor inspector: en mi casa me llamaban el niño; en el colegio, el señorito; en las ter-tulias, Angelito; en el pueblo, D. Angel.

—Pero, ¿y aquí?

—Hombre, aquí me llaman... á declarar.

—¿Y es cierto que se ha permitido Vd. decir en un café que de buena gana haria fuego por esas calles?

—Sí señor, lo confieso; esa seria mi felicidad.

—¿De modo que Vd. declara ser un conspirador?

—No hay tal cosa; lo que declaro es que estoy ena-morado de una mujer, que hace lo que yo desearia hacer á su lado.

—¿Es decir, que Vd. conoce á una mujer que hace fuego por las calles?

—Sí señor, la castañera que está en la esquina de la mia.

Escusado es decir, que mi amigo fué puesto en li-bertad á los ocho dias, porque afortunadamente no hubo nada: Narvaez le hizo el favor de no fusilarlo.

Agradecido á tanta bondad, se cortó el pelo y lo envió á las Casas de Beneficencia.

En este género de vida gastó el infeliz los pocos re-cursos con que contaba; y hacia tiempo que yo no le veia, cuando recibí desde Barcelona una carta suya, en la cual me decia, que habiendo perdido completa-mente el crédito, estaba al frente de una Sociedad de ÉL.

Supe más tarde que la Sociedad habia tronado; que mi amigo habia escapado al extranjero en *coche pro-pio*; y que la gente de buen tono estaba inconsola-ble con la desgracia de una persona tan simpática y distinguida, y que tanto se hacia querer por sus opi-niones conservadoras.

Yo poseia un retrato de Angelito en sus malos tiempos: le hice con tinta una cruz en la frente; le coloqué en el álbum de los muertos, y debajo de una máxima puesta por él en la portada de un libro de Proudhon, que decia:

—Para que un individuo lea, basta una luz; para que lea una nacion, se necesita un incendio.

Escribí dos renglones por este estilo:

—Para que un individuo viva, basta un ama de cria; para que engorde, se necesita una Sociedad.

Hecho esto, no volví á acordarme de mi amigo.

Así pasaron los años y los dias, y así llegó la tar-de del miércoles último. Salia yo de casa, y el cartero, que subia la escalera, puso en mis manos una carta. El sello era de Londres, la letra de Angelito. La abrí, no sin recelo, y leí lo siguiente:

«Querido amigo: Estoy tronado, sobre poco más ó menos como los fundadores del Banco inglés, con los cuales he tomado cerveza algunas noches.

Ahora, más que nunca, necesito hacer una *que sea sonada*.

Dime cómo podria conseguirlo...

No quise continuar. Subí de nuevo la escalera, to-mé un papel, y escribí con mano convulsa:

«Angelito: Este país ha cambiado mucho: no queda una peseta; todo lo que puedo ofrecerte es la mano de una de las *esposas* de Javier Ramirez, que creo no te negará su consentimiento.

En cuanto á tu deseo constante, solo se me ocurre esta idea:

—¿Quieres hacer una *que sea sonada*?

Pues haz una moneda de cinco duros;

Una nariz para D. Leopoldo O'Donnell;

O una campanilla para la presidencia del Con-greso.»

M. del Palacio.

## ¡SE VA!

O'Donnell, hombre muy largo  
y amigo de divertirse,  
no se encuentra sin embargo  
dispuesto, ni á sonreirse.  
Vé que le dan un recorte,  
y aunque su salud se pierde,  
pasa el verano en la corte  
sin salir á darse un verde.  
Inquieto y nervioso está...  
—¿Qué será? ¿qué no será?  
Es que hay moros en la costa...  
¡la Union se va por la posta!  
¡Sí, señor; se va, se va!

Comprenda usted, amigo mio,  
que no hay pueblo que resista  
á tanto y tanto estravío  
de tanto y tanto unionista.  
Que el país está muy hartó  
de este escandaloso juego,  
y que nadie tiene un cuarto  
para hacer cantar á un ciego.  
Esto es demasiado ya;  
y usted no lo creerá  
y acaso lo tome á risa,  
más la Union se va, y aprisa;  
¡le digo á usted que se va!

Aquí al país se le soba  
de una manera inhumana,  
y yo he comprado una escoba  
y me asomo á la ventaná.  
Aquí estamos casi en cueros  
y reina el hambre canina,  
y hay diez ó doce rateros  
al volver de cada esquina.  
Ponga usted pronto remedio  
ó usted se lo perderá,  
porque si sigue el asedio,  
amigo mio, no hay medio;  
¡digo que la Union se va!

Toda nuestra calma estriba  
en hallar algun consuelo;  
ya cansa el tragar saliva  
y aguantar tanto el mochuero.  
Sólo falta á nuestros males,  
del gobierno para auxilio,  
nombrar perros nacionales  
que muerdan á domicilio.  
¿Quiere usted echarse allá?  
¡Señor, no sea usted tonto,  
vea que en peligro está  
y va á caer, pero pronto!  
¡Sí señor, la Union se va!

No se rasque usted las cejas  
ni frunza, ni arrugue el ceño,  
ni se limpie las orejas  
con el dedito pequeño.  
No sirve acuñar doblones  
que no llegan al bolsillo,  
ni preparar batallones,  
ni escupir por el colmillo.  
Muy presto tarde será,  
usted mismo lo verá;  
moros hay en nuestra costa;  
la Union se va por la posta,  
¡le digo á usted, que se va!

Eusebio Blasco.

## CABOS SUELTOS.

Yo tenia veinte reales  
ganados con mi trabajo,  
mas me salió un hombre de órden  
y me quedé sin un cuarto.

★

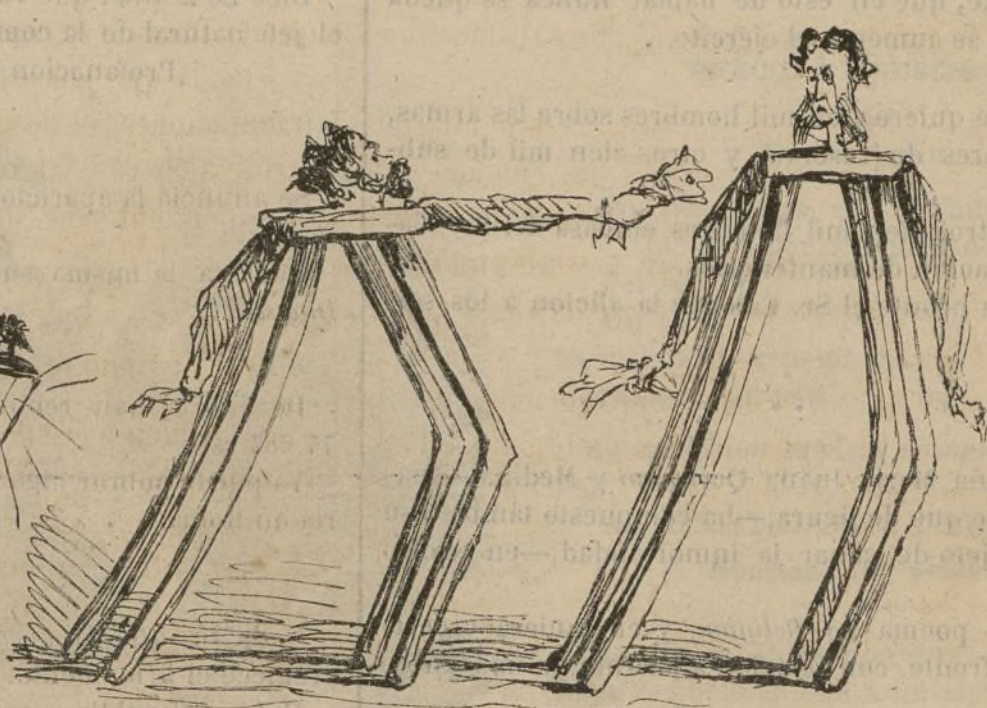




- Mister Harlervood, ¿va Vd. á gusto en el machito?  
- Mi contento, mi ver la Union contenta bailar.  
- Pues venían esos millones.  
- ¡Carramba! Mi no estar ya contenta.



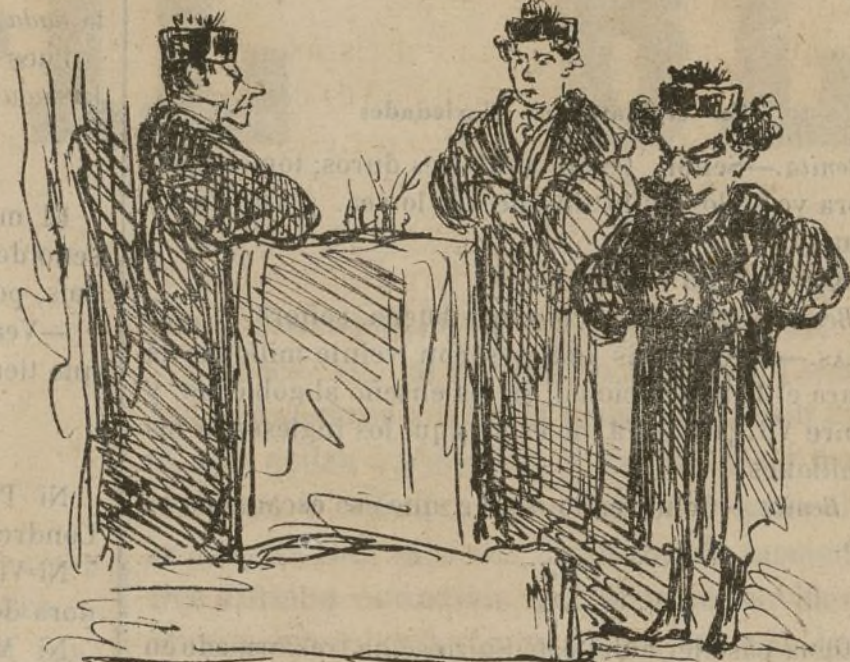
Alonso Martinez buscando la casa  
London Agency Company, donde  
están los veinte millones de la ga-  
rantía.



El Banco de España airado  
desafia al Banco Inglés;  
no se batien con espada  
que se batien con papel.



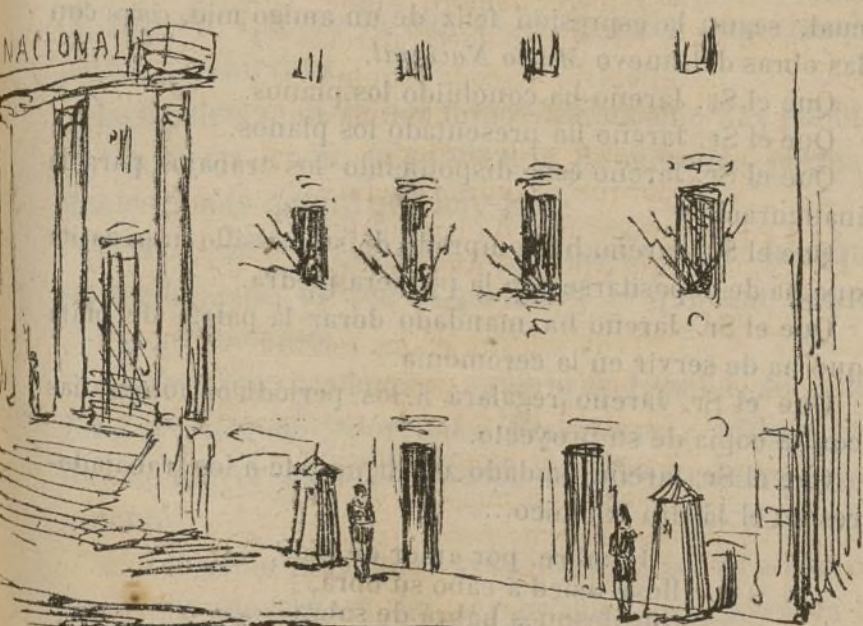
Javier Ramirez, con esposas en la mano es  
conducido á la Audiencia.



CRISTINO MARTOS. - He aqui el  
nuevo traje de los presidiarios Españoles.



Esta facha peregrina  
que arrepintiéndose está,  
es el Señor de Medina  
(Don Tristan.)



Porvenir del Museo Nacional mientras mande la Union no liberal.



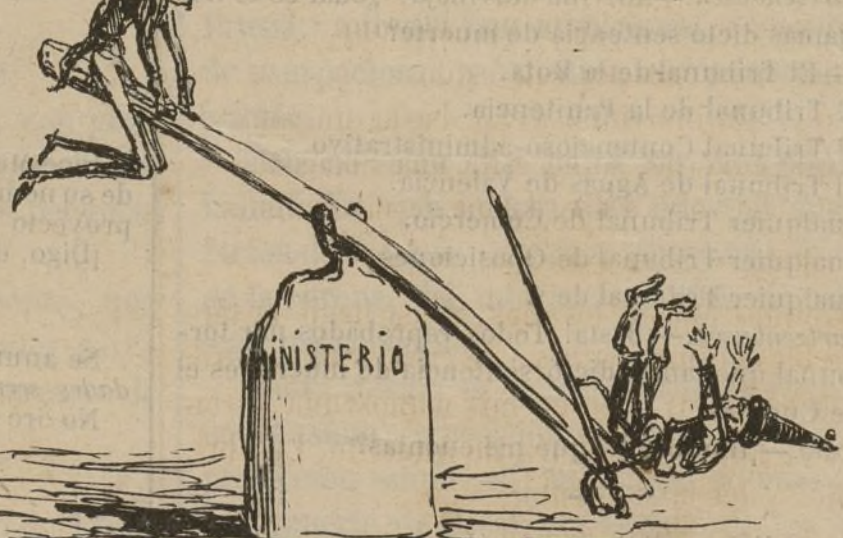
- ¡Dicen que se va á armar!



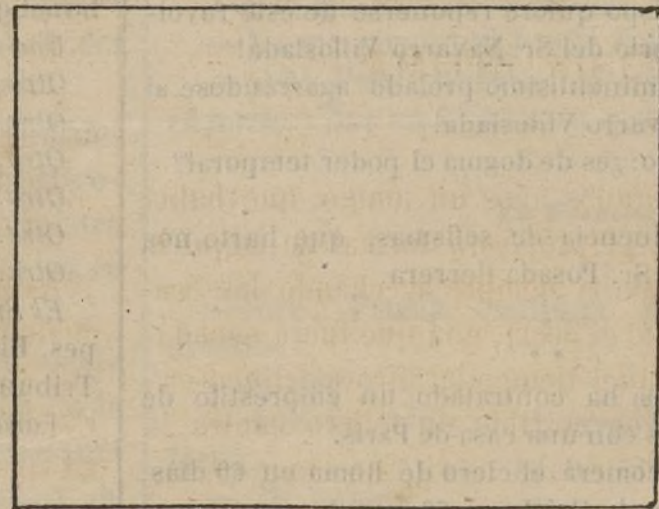
- ¿Eh?  
- Ya no hay nada.



- Señor Barbieri, que no se puede entrar.  
- Me han dicho que aquí no se entienden, y voy  
á ponerlos de acuerdo.



Presente y pasado.



PORVENIR. (Va en blanco para que cada  
suscritor lo llene á su gusto. Es la única ma-  
nera de que no lo prohiban.)



El Sr. Calonge, que en esto de hablar nunca se queda corto, pide que se aumente el ejército.

¡Eterno Dios!

El Sr. Calonge quiere cien mil hombres sobre las armas, cien mil hombres de [reserva, y otros cien mil de sub-reserva.

Yo pondría otros cien mil hombres en casa del Sr. Calonge con obligación de mantenerlos.

¿A que perdía pronto el Sr. Calonge la afición á los soldaditos?

Allá va eso:

La señora doña María Juana Quintano y Medina,—más larga de nombre que de figura,—ha compuesto también su poema con objeto de ganar la inmortalidad,—en el otro barrio.

Titúlase este poema *La Religión*, y cualquiera creería que llevaba al frente, con relación al asunto, la imagen de Jesucristo.

Pues nada de eso, lleva el retrato del rey D. Francisco Asís de Borbon.

Se anuncia la publicación de un periódico que se titulará *El Sacerdote*.

Ya me parece oírlo pregonar por esas calles:

¡Á dos cuartos *El Sacerdote* de hoy!

Por mi parte, prometo comprarle todos los días. Siempre será quitar uno de envidia.

*La Correspondencia* asegura que ha pasado ya el temor de que pudiera haber algo.

Yo he oído decir á pesar de eso, que D. Leopoldo duerme algunas noches con botas.

No me estraña, aunque lo comprendería mucho más en su hermano Enrique.

¡Te llevan á la Audiencia  
con grillos en la mano,  
á tí, Javier Ramírez, cuya vida  
consagraste del pueblo soberano  
á defender la libertad querida!  
¿Qué importan esos grillos si es honrada  
la causa que provoca tal sentencia?  
¡Otros llevan cargada  
de grillos la conciencia!

Dió el gobierno la voz de alarma, y por unos días se paralizó todo, y la gente no soñaba más que en trastornos.

Dijo el gobierno después que no había nada, y nadie habló ya de trastornos.

En vista de esto, denunció al gobierno como perturbador de la tranquilidad pública.

Alguna vez había yo de ser hombre de orden.

El arzobispo de Santiago tuvo una cogida en el Congreso, cuando se discutió el reconocimiento de Italia.

Es decir, en las *Cartas á la Iberia* del señor arzobispo, halló el Sr. Bermúdez de Castro el argumento de que el poder temporal no es dogma.

Y se lo echó á la cara al Sr. Navarro Villoslada, que se puso feroz.

Hoy, el señor arzobispo quiere reponerse de este revuelo, aceptando el criterio del Sr. Navarro Villoslada!

¡Todo un sabio y eminentísimo prelado agarrándose al pardo gaban de un Navarro Villoslada!

Pero después de todo: ¿es de dogma el poder temporal?

No.

Pues déjese Su Eminencia de sofismas, que hartó nos dan que hacer los del Sr. Posada Herrera.

El gobierno del Papa ha contratado un empréstito de 60 millones de francos con una casa de París.

60 millones que se comerá el clero de Roma en 60 días, y pagarán los borregos de Cristo en 60 meses.

Esto no es de dogma, es de verdad.

Se desea saber si han llegado ya á Roma 40,000 rs. del dinero de San Pedro que hace tiempo están viajando.

Se ha dicho estos días que el gobierno pensaba prohibir la festividad de las Flores de Mayo.

Sin duda el gobierno cree que flores y Florencia son sinónimos.

Ó quiere hacer un desaire á Ríos Rosas.

Dice *La Lealtad* que Juan de Padilla sería hoy, si viviese, el jefe natural de la comunión religioso-monárquica.

¡Profanación se llama esta figura!

Se anuncia la aparición de un periódico titulado *La Hacienda*.

Correrá, la misma suerte que el periódico titulado *La Dinastía*.

De Vitoria han remitido para el dinero de San Pedro 77.257 rs.

Ya puede cobrar algo el que saque el premio de la lotería en Roma.

Cada vez que *La Correspondencia* suelta un chiste, se estremece el firmamento.

Habla del sublime rasgo del general Peabody, y le trata de melón.

Quien de ese modo propala  
chiste de tal condición,  
es todo un señor melón  
que puede venderse á cala.

#### En el teatro de Variedades

*Mlle Benita*.—Señor, tengo aquí tres duros; tómelos usted. Ahora yo se los quito sin que Vd. lo vea. ¡Pasa! Ya no están aquí.

GIL BLAS.—Eso no vale nada.

*Mlle Benita*.—¡Vd. hace cosa más buena, señor?

GIL BLAS.—Yo cojo seis ingleses con veinte millones de fianza para el Banco Nacional; se los enseño al gobierno, y luego, mire Vd. ¡Pasa! Ya no están aquí los ingleses ni los veinte millones.

*Mlle Benita*.—Comprendo, señor, que ese escamoteo es más fino.

La antigua pastelería del café Suizo se ha transformado en elegante salón de verano, destinado al bello sexo.

Allí irán las lindas madrileñas á refrescar la sangre.

Precisamente lo que no hace falta al ministro de Hacienda, que se ha quedado ya tan fresco con los ingleses del Banco.

Asco dice que le da  
al señor Mañé y Flaquer  
lo que en España se escribe  
en contra del Banco inglés.  
¡Es mucho señor, es mucho  
el señor Mañé y Flaquer!

Los españoles son gente  
que no tiene que perder,  
(dice porque nos reímos  
de la filfa Banco inglés).  
Los ingleses son los tontos,  
porque vienen á exponer  
el dinero que no exponen,  
porque no llega. ¿Está usted?  
¡Vamos, es mucho señor,  
el señor Mañé y Flaquer!

#### Al colocar la primera piedra del Museo Nacional.

*El Sr. Hartzenbusch*.—Adivina adivinaja: ¿cuál es el tribunal que jamás dictó sentencia de muerte?

*Una voz*.—El Tribunal de la Rota.

*Otra*.—El Tribunal de la Penitencia.

*Otra*.—El Tribunal Contencioso-administrativo.

*Otra*.—El Tribunal de Aguas de Valencia.

*Otra*.—Cualquier Tribunal de Comercio.

*Otra*.—Cualquier Tribunal de Oposiciones.

*Otra*.—Cualquier Tribunal de...

*El Sr. Hartzenbusch*.—¡Basta! Todos reprobados por torpes. El tribunal que jamás dictó sentencia de muerte es el Tribunal de Cuentas.

*Varias voces*.—¡Hombre!!! ¿qué me cuentas?

GIL BLAS.—Adivina adivineta: ¿cuál es el ente que jamás llamó las cosas por su nombre?

*Todas las voces*.—¡El académico!!!

GIL BLAS.—¡Muy bien!—Sr. Hartzenbusch, cuando se meta Vd. á proponer acertijos, procure siquiera que no tengan más de una solución.

Ha habido una reunión de moderados en casa del conde de Xiquena.

El objeto de esta reunión, parece que ha sido suplicar al conde de Xiquena que defienda al partido moderado en el Congreso, usando de la palabra... todo lo menos que le sea posible.

Según *La Patria*, la Unión liberal debe su desarrollo á la salida al Campo de Guardias.

Siempre he dicho yo que lo peor de la Unión liberal no eran las salidas, sino las entradas.

Dijo en el Senado D. Leopoldo, que el triunfo de la revolución es imposible.

Señor D. Leopoldo O'Donnell,  
¿qué vá á pensar el país?  
El año cincuenta y cuatro  
no opinaba usted así.

Aludiendo al lema de *Todo ó nada*, adoptado con tanta fortuna por la *Soberanía Nacional*, dice un periódico:

«No es el *todo* lo que ha llegado al corazón del país, sino la *nada*.»

Pues eso es, por lo mismo que no le han dejado más que la *nada*, pide el *todo*.

El ministro de Hacienda ha dicho últimamente en el seno de la representación nacional, que este era un gran país, porque tenía un gran presupuesto.

—Vea Vd.; ¡y yo que creo que es un país pequeño porque tiene pequeños gobernantes!

Ni Paxton cuando construyó el palacio de cristal de Londres;

Ni Violet le Duc al colocar la aguja gótica de Nuestra Señora de París;

Ni Miguel Angel trazando la cúpula de San Pedro en Roma;

Ni Herrera al edificar el Escorial;

Ni ningún arquitecto antiguo ni moderno, chico ni grande, español ó europeo, ha metido más ruido ni se ha visto tantas veces en letras de molde como el Sr. Jareño, el cual, según la expresión feliz de un amigo mío, *corre con las obras del nuevo Museo Nacional*.

Que el Sr. Jareño ha concluido los planos.

Que el Sr. Jareño ha presentado los planos.

Que el Sr. Jareño está disponiendo los trabajos para la inauguración.

Que el Sr. Jareño ha comprado de su bolsillo una cajita que ha de depositarse con la primera piedra.

Que el Sr. Jareño ha mandado dorar la paleta de plata que ha de servir en la ceremonia.

Que el Sr. Jareño regalará á los periódicos fotografías con la copia de su proyecto.

Que el Sr. Jareño ha dado un banquete á los trabajadores en el Jardín botánico...

Hombre, por amor de Dios,  
lleve usted á cabo su obra,  
que después habrá de sobra  
aplausos para los dos.

Y no me saque de quicio  
obrando como se vé,  
que más falta hace á mi juicio  
levantar el edificio  
que no levantarle á usted.

Dice Mister Piorco, en un comunicado, que se ha usado de su nombre, sin que él tuviera conocimiento de ello, en el proyecto del *Banco Nacional*.

¡Digo, digo, digo!

Se anuncia en el teatro de la Zarzuela la pieza *Enfermedades secretas*.

No iré yo desprevénido á esta función.

# EL GIL BLAS

## de hoy.... etc.

EDITOR RESPONSABLE, D. LORENZO GUTIERREZ.

MADRID: 1866.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CEBEZA, 12.

Ayuntamiento de Madrid